

NOSTALGIA COMO ANHELO DEL PRESENTE QUE NUNCA LLEGÓ A SER

NOSTALGIA AS LONGING FOR THE PRESENT THAT NEVER CAME TO BE

Jorge MONTESÓ-VENTURA
Centre d'Estudis Antropològics ACAF*

RESUMEN: La nostalgia se ha convertido en uno de los temples anímicos protagonistas a la hora de condicionar nuestro comportamiento dentro de las llamadas sociedades occidentales, se aprecia en fenómenos que cubren desde el consumo de ocio hasta el resurgir de movimientos de inspiración idealista que movilizan parte de las resistencias de hoy. En el presente artículo analizaremos dicha presencia contrastando la hipótesis que la nostalgia emerge como respuesta a la angustia que tales sociedades provocan en sus ciudadanos, sujetos que juzgan su circunstancia, debido a la incertidumbre y desesperanza que les genera, de inhóspita y resistente al desarrollo de sus proyectos. Esta emergencia de lo nostálgico, desarrollada hasta el extremo de instrumentalizar su presencia como alternativa a los estados angustiosos, nos lleva a reflexionar sobre el sentir último de la misma, hallando en la respuesta un anhelo quizá no tan orientado al pasado en sí –reconocido como irrecuperable– sino a la ruptura y obtención de alternativas precisamente a ese presente que es, pero no como pretendían que fuese.

PALABRAS CLAVE: Nostalgia, angustia, promesa, evocación, reconocimiento.

ABSTRACT: Nostalgia has become, in the first quarter of this century, one of the principal attunements that conditions our behaviour in so-called Western societies; it can be observed in phenomena ranging from leisure consumption to the resurgence of idealist-inspired movements that mobilize part of today's popular resistance. In this article, we will analyse this presence, contrasting the hypothesis that nostalgia emerges as a response to the anxiety that such societies provoke in their citizens, subjects who judge their circumstances, due to the uncertainty and hopelessness that they generate, as inhospitable and resistant to the development of their life projects. This emergence

* Responsable del Departamento de Antropología Filosófica, Centre d'Estudis Antropològics ACAF, València. jmonteso@centreacaf.org.

of the nostalgic, developed to the extent of instrumentalizing its presence as an evasion of anxious states, leads us to reflect on its ultimate feeling, finding in the response a longing perhaps less oriented to the past than might be expected –in many cases recognized as irrecoverable– but rather to rupture and obtaining alternatives precisely to this present that is, but not as it was intended to be.

KEYWORDS: Nostalgia, anxiety, promise, evocation, recognition.

1. Introducción

Una de las tendencias, generalizadas, que más éxito ha tenido –y sigue teniendo– a la hora de movilizar el consumo de masas en lo que llevamos de siglo, al menos en la llamadas sociedades occidentales, sin duda es la nostalgia (Valero y Zacipa, 2016). Baste con moverse por cualquier centro comercial para observar cómo gran parte de la publicidad, especialmente la orientada a la estimulación del consumo de ocio, lleva años apostando por el uso de píldoras de pasado. De algún modo los creadores han advertido que *la nostalgia vende*, que lo pasado remueve como nunca las emociones de la clase media y les empuja a consumir, lo que ha condicionado sus estrategias comerciales de un modo substancial. Revistas como *Elle* o *Vogue* llevan años hablando de lo nostálgico como la tendencia más fuerte de la última década (Villaseñor, 2018; Yotka, 2018); de las treinta películas más taquilleras del 2019 –permitiéndonos dejar de lado el nefasto 2020–, veinte fueron *remakes* que apelaban directamente a lo nostálgico (Tones, 2019), qué decir de plataformas como Amazon, Netflix, HBO... todo, todo lo referente al consumo popular parece estar infectado de intentos por provocar nostalgia y esto, evidentemente, no es producto del azar.

Se podría conjeturar si es un indicio más de la siempre vaticinada falta de creatividad, lo que entroncaría con la crisis que afecta a la idea de progreso y que, de algún modo, se refleja en las estéticas del desencanto o en la siempre presente imposibilidad de lo nuevo (Groys, 1992). Sin embargo, lo nuevo sigue estando, sigue programándose, solo que no vende del mismo modo ni se posiciona igual que lo nostálgico. Y dado el impacto que está teniendo en el comportamiento social, como por el tiempo que viene haciéndolo –en tanto moda está siendo, sin duda, de las rentables¹–, no podemos más que levantar una baliza de advertencia,

¹ Ya en los noventa el peso de lo nostálgico en las elecciones comerciales despertaba cierto interés de los investigadores, algo que se ha mantenido hasta nuestros días: Havlena, W. J. y

al menos si pretendemos saber un poco más sobre nosotros mismos, y poner nuestra atención sobre el fenómeno preguntándonos por qué ocurre esto.

La respuesta a la que conducen los estudios de consumo, empero, quizá decepcione por su obviedad, pues simplemente ocurre que los productos que miran al pasado son los que mejor están sintonizando con el sentir general, por eso son los que más venden². Ahora bien, con ello decimos más de lo que parece. La evidencia es que lo nostálgico moviliza al público, estimula su necesidad de consumo, de hacerse con aquel producto que, por el motivo que sea, siente el impulso de poseer, de *estar en él*, de interesarse por él (*inter-esse*)³, y esto nos introduce en un terreno de valiosa profundidad. Por definición, cuando alguien se interesa por algo lo hace porque lo considera relevante para sí, es decir, siente que afecta, para bien o para mal, al desarrollo de sus quehaceres, al despliegue de esos asuntos que entroncan con el proyecto de vida que pretende ejecutar, y esto es esencial para comprender al ser humano en su facticidad. Lo que el consumo nos está mostrando va mucho más allá de un mero comportamiento generalizado. Si seguimos aquel precepto orteguiano del «dime lo que atiendes y te diré quién eres» (OC, V, 479), el consumo, la interacción con aquellos productos capaces de *llamar nuestra atención y movilizar nuestros gestos*, ejerce de óculo privilegiado por el que advertir un fenómeno más profundo e íntimo de lo que a priori pudiese parecer, a saber, el *fondo anímico* de nuestra generación, ese fondo insobornable⁴ que se expresa a través de preferencias y motivaciones concediéndonos, con ello, una imagen –por lo generalizadas e irrefrenables que se demuestran– de lo que somos hoy como sociedad, al menos en lo que a

L. Holak (1991). “The good old days: observations on nostalgia and its role in consumer behaviour”. En Holman, R. H. y R. Solomon (eds.). *Advances in consumer research*, Provo: ACR, pp. 323-329; Brown, S. (1999). “Retro-marketing: yesterday’s tomorrows, today!” *Marketing Intelligence & Planning*. Núm. 17/7, pp. 363-376. Hasta nuestros días: Orth, U. R. y A. Bourrain (2008). “The influence of nostalgic memories on consumer exploratory tendencies: Echoes from scents past”. *Journal of Retailing and Consumer Services*. Núm. 15/4, pp. 277-287.

² Ver en Valero, C. P. e I. Zacipa. «El pasado está de moda. La nostalgia del consumo». En Zacipa, I., V. Tur-Viñes y J. Segarra-Saavedra. *Tendencias publicitarias en Iberoamérica. Diálogo de saberes y experiencias*. Alacant: Universitat d’Alacant, 2016, pp. 105-120.

³ Sobre la noción de interés, ver Montesó-Ventura, J. (2019). *Interés, atención, verdad. Una aproximación fenomenológica a la atención*. Sevilla: Ed. Thémata.

⁴ Concepto importante en la antropología de Ortega, alude a ese valor anímico que nos interpela para decirnos lo que realmente somos. Javier San Martín (2007) realiza un registro exhaustivo de sus apariciones y un comentario a su valor.

sensibilidad se refiere: una con especial querencia hacia todo aquello capaz de evocar nuestro propio pasado.

Como expondremos en el presente artículo, siendo esta nuestra hipótesis de partida, este interés por lo pasado –por nuestro pasado– que hoy compartimos muchos de los ciudadanos occidentales –al menos los occidentales– no responde únicamente a una incontinencia por adquirir aquello que nos llama la atención –a lo que tampoco somos ajenos– sino el efecto de una motivación radicada que se alimenta de nuestra misma condición ejecutiva, de nuestro modo de vivir en el mundo y de lo que de él se desprende o, en su vertiente negativa, de la *incomodidad que sentimos frente a un presente* cargado de dificultades, de desengaños, a la hora de desarrollarnos como lo que somos, en tanto proyecto⁵. En otras palabras, según nuestra hipótesis, nuestro interés por el pasado no tiene tanto que ver con el buen hacer de los creativos –a quienes no restamos mérito– sino con la *angustia* que provoca en el ciudadano el actual modelo de sociedad, no tanto por lo que esta es en sí sino por la percepción que se tiene de ella por cuanto se ajusta o no a las expectativas de cada cual. Según desplegaremos en adelante, lo que nos conduce a la angustia es la dificultad que tiene el ciudadano para *reconocer* la sociedad en la que vive según lo esperado, una dificultad engendrada por el desajuste que se da en el *reconocimiento de sí* respecto de lo que uno esperaba haber llegado a ser.

Fue Ricoeur (2005, 119 y sig.) quien apuntó que buena parte de nuestros proyectos de vida se edifican sobre la palabra dada –sea a otros o a uno mismo–, es decir, en base a compromisos o promesas que asumimos como propias y que marcan el camino por el cual nos esforzamos en andar. Este camino, por su propia facticidad, se encuentra cargado de dificultades, de resistencias que dificultan el despliegue de nuestras intenciones, algo que ya esperamos, pero en cierto modo esperamos también que la comunidad, las instituciones, especialmente las públicas, sirvan para participar de la solución, no al contrario. En cambio, son muchos quienes no sienten esto sino que, lejos de participar en el desarrollo de sus proyectos, el actual modelo social parece hacerlo de forma encontrada,

⁵ Sociólogos y analistas como Bauman, Dubet o Touraine hablan constantemente del desencanto que sienten los ciudadanos frente a sus sociedades y cómo esto les conduce a una mirada introspectiva, o retrospectiva directamente, a la hora de hallar alternativas al mundo en torno (Ver: Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós; Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Ed. Complutense-CIS; Touraine, A. (2005). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós).

ausentándose o abandonándolos a su suerte⁶, obligándoles continuamente a elegir, a ser temerariamente libres –angustiosamente si se prefiere– incluso cuando no lo desean o sienten que la elección desborda sus competencias... Y en la angustia, como dijo Heidegger (2009, 207), le va a uno inhóspitamente (*Unheimlichkeit*), uno se siente *desazonado*⁷, como *fuera de casa* estando incluso en casa. He aquí, según nuestra premisa, el motivo principal del sentir nostálgico, de su anhelo, incluso del impulso que siente de buscar el hogar perdido, esa familiaridad pretendida que en algún momento participó –o parecía hacerlo– de las promesas lanzadas y que, según percibimos, su presente parece desvirtuar. Y precisamente por perdida y no desconocida, por haberla sentido ya en algún momento, pese que ahora no, creemos poder reconocerla si rebuscamos en ese pasado recordado. Cosa distinta será lo que hagamos luego con ella⁸.

2. De la angustia a la nostalgia

Dado que ya se ha hecho en otros lugares, y de manera bastante exhaustiva⁹ nos podemos permitir aquí eludir el análisis histórico y conceptual de lo

⁶ Son muchos los sociólogos que hacen hincapié en este malestar, en uno u otro sentido. Podemos remitirnos a los ya citados hasta el momento como ejemplos de posicionamiento crítico y añadir otros como Beck, Giddens, Sassen o Harvey que permiten ampliar esta visión panorámica desde distintas sensibilidades.

⁷ *Unheimlichkeit* etimológicamente está relacionado con la idea de *no tener hogar*. Apunta Rivera, en su traducción de Heidegger (2009), lo terrible de la angustia es que uno está como fuera de todo lugar, no tiene morada, dónde estar. De aquí que Gaos lo tradujese como *inhóspito*: fuera del hogar o lugar que no ofrece buenas condiciones para albergarse. Rivera, prefiere *desazón*, fuera de sazón, del momento justo, de su tiempo. Ambos casos apelan a la sensación de pérdida de familiaridad.

⁸ No entraremos aquí en el análisis político de las expresiones nostálgicas. Para ello aludiremos a las tendencias que Boym (2015) estableció entre “restauradores” –tendencia de la que derivan posicionamientos como algunos nacionalismos o los actuales radicalismos religiosos– y “reflexivos” –quienes defienden una revisión experimental del pasado, incluso irónica– que demuestran dos formas radicalmente opuestas de vivir lo nostálgico.

⁹ Sobre un análisis conceptual de lo nostálgico ver: Boym, S. (2015). *El futuro de la nostalgia*. Madrid: Antonio Machado; Scheuchzer, J. J. (1731). “De nostalgia”. *De Bononiensi Scientiarum et Artium Instituto atque Academia Commentarii*. Núm. 1, pp. 307-313; Starobinsky, J. (1966). “The Idea of Nostalgia”. *Diogenes*. Núm. 54, pp. 81-103; Castelnuovo-Tedesco, P. (1980). “Reminiscence and nostalgia: The pleasure and pain of remembering”. En Greenspan, S. I. y Pollack, G. H. (Eds.). *The course of life: Psychoanalytic contributions toward understanding personality development III: Adulthood and the aging process*. Washington DC: Government Printing Of., pp. 104-118. Sobre un estudio histórico ver:

nostálgico e incidir directamente en la experiencia del *lapsso*¹⁰ que se halla en la raíz del pretendido estado de ánimo, suceso específico que establecerá lo que interpretaremos como un «antes» y un «después» en el curso temporal de nuestros proyectos. Una *caída* o rotura que nos interesa especialmente y de la que, aun sin ser referenciada en tales términos, se la ha considerado con bastante detalle por autores como el propio Heidegger (2009). Según vemos, cuando en nuestra cotidianidad¹¹ algo se torna extraordinario quebrantando nuestra percepción de familiaridad –en nuestro contexto podríamos hablar de una pérdida personal, una migración forzada, una experiencia traumática o sencillamente de una resistencia al desarrollo de una ocupación significativa–, tendemos a convertir ese algo en cuestión. Aquello que hasta el momento posibilitaba nuestro quehacer –en términos heideggerianos lo adjetivaríamos como *a la mano* (*Zuhandenheit*)– en su resistencia o falta genera un discontinuidad en la ejecución que nos obliga a abandonar la tarea, a romper con nuestra actitud ejecutiva. Por su relevancia sobrevenida, en tanto interrumpe nuestra ocupación y deja de comportarse como lo que era, un enser, sentimos la necesidad de *objetivarlo*, de convertirlo en objeto de conocimiento –posicionándolo *ante los ojos* (*Vorhandenheit*)– para detectar y analizar la contrariedad que en él o por él se produce. Básicamente es el modo que tenemos para saber lo suficiente de él¹² –pues hasta ese momento solo *contábamos-con* él¹³– y trazar un plan de solución conforme al problema

Bolzinger, A. (2006). *Histoire de la nostalgie*, París: Campagne première, o Dodman, Th. (2018). *What Nostalgia Was: War, Empire, and the Time of a Deadly Emotion*, Chicago: Chicago Press.

¹⁰ La palabra *lapsso* refiere a caída. En términos religiosos alude a la Caída esencial que representó nuestra salida del paraíso –el lapsarianismo–. Dicha caída, o lapso, marca un antes y un después: antes, llamado periodo prelapsario, representa el paraíso, la felicidad; el después –el tiempo postlapsario– es el valle de lágrimas. Perdido el paraíso, con la caída empieza el proceso de salvación, que trae consigo el anhelo constante por regresar y que subyace a la definición del sentir nostálgico.

¹¹ Podemos entender por cotidianidad aquel escenario en el que hallamos lo que necesitamos para desarrollar nuestros planes, donde podemos mantener una actitud ejecutiva. En ella, el mundo se nos presenta como un todo relacional donde todo se da ligado y estructurado de una manera intersubjetiva; un mundo donde las cosas tienen su lugar y desde el cual estamos listos para hacer uso de ellas (Trigg, 2018, 48).

¹² Aunque sea esta la vía desplegada por la particularidad nostálgica, con ello no pretendemos posicionarnos de modo exclusivo en que sea este el único foco de motivación para la orientación teórica. Como bien matizó Husserl al propio Heidegger, esta actitud no tiene por qué buscar sus motivos fuera de sí mismo, de aquí la curiosidad o el deseo de saber. EN Husserl, E. (2002b). *Zur Phänomenologischen Reduktion, Texte aus dem Nachlass (1926-1935)*, Hua XXXIV. Dordrecht/Boston/Londres, Kluwer, p. 260.

¹³ Resulta pertinente adentrarse aquí en la diferencia orteguiana entre *contar-con* y *reparar-en* (OC, VIII, 555).

presentado, en tanto la intención es, *a priori*, continuar con nuestra tarea, con nuestro proyecto, esto es, recuperar la continuidad respecto del periodo *prelapsario* y con ella los viejos parámetros de familiaridad.

Ahora bien, en tanto lo que este interrumpe es un proyecto u ocupación que me involucra a mí, pues lo estaba realizando yo, no es infrecuente, dado su vínculo relacional¹⁴, que se produzca un efecto por el cual el sujeto, ahora libre de ocupaciones, se atienda a sí mismo y se descubra detenido en el mundo, sin quehacer. Especialmente cuando las resistencias son constantes, irreversibles –sea el caso de una pérdida– o las percibimos tan ajenas a nosotros que nada de lo que hagamos promete solución, esa búsqueda se centra en uno mismo, en su pensamiento, y en su memoria. En esa mirada objetivadora que nos lanzamos como parte relacionada, no podemos más que hallarnos detenidos ante el mundo, y como decimos, sin nada que-hacer, interrumpidos, en el *sinsentido* de vernos desprovistos de proyecto. Para entonces, el mundo que vemos nos resulta extraño, falta de familiaridad¹⁵ por la rotura de las relaciones que produce el elemento lapsario y, como bien describió Heidegger (2009, 207), esto es causa de angustia, de la angustia de verse «aislado en cuanto estar-en-el-mundo», como un no-estar-en-casa (*Un-zuhause*). De repente nos hallamos a nosotros mismos *preocupados* y *desocupados* –*sin nada entre las manos*– frente a la totalidad del mundo. Es el estado idóneo para percibir la desazón que trae la angustia, la angustia del mundo: «aquello ante lo cual la angustia se angustia es el estar-en-el-mundo mismo» (*Ibid.*, 205) como algo inesperado, extraño, solo frente a nosotros mismos, donde alrededor no hallamos más que silencio, solamente a nosotros mismos como posibilidad de ser desde sí mismo.

Ese encuentro forzado, ese tener que vérselas y *reconocerse en el sinsentido* de la desocupación, como decimos especialmente si se produce con mucha frecuencia o a causa de una pérdida irreversible, nos empuja, antes o después, a reflexionar

¹⁴ Heidegger aborda esta relación en §15 y § 69 de *Ser y tiempo* (2009). En ellos llega a describir su dación como un complejo remisional (*Verweisungsmannigfaltigkeit*), en respectividad. De algún modo, al reparar en el enser que me resiste, por su condición relacional, en tanto es a mí a quien me resiste, lo haremos también en el mundo, y en nosotros mismos como parte del mismo contexto o plexo, como diría Ortega, «ligando cosa a cosa y todo a nosotros, en firme estructura esencial» (OC, I, 749).

¹⁵ Sobre las relaciones entre el par familiaridad/extrañeza y la nostalgia desde un prisma husserliano, ver Quepons, I. (2015). “El resplandor de la nostalgia, esbozo de una descripción”. En Venebra, M. y Jiménez, A. (Eds.). *Antropología y fenomenología, reflexiones sobre historia y cultura*. Conaculta: Brújula, pp. 191-227.

sobre nuestra situación y sobre las identidades que cristalizan nuestro ser, a objetivarlos, a cuestionarnos nuestra situación presente y a preguntarnos cómo hemos llegado hasta ella. De algún modo, la incomodidad con la nueva situación nos empuja a visitar el que de buenas a primeras, sin siquiera quererlo o esperarlo, se ha vuelto ya nuestro pasado –tiempo prelapsario–. Acudimos a él, pues, en busca de respuestas, quizá de alternativas a la situación actual, en suma para analizar mediante el recuerdo la correlación de compromisos, de elecciones y promesas (*Cfr.* Ricoeur, 2005) que, de algún modo, sentimos que nos han conducido hasta donde hoy nos encontramos, pues lo demás de algún modo queda ajeno a nuestros actos. En definitiva, a lo que tendemos es a abrir un camino de *reconocimiento*, sea de distinción o identidad, a través de un proceso comparativo entre lo que somos ahora y lo que entonces, en aquel tiempo, pensábamos que seríamos y sin embargo no lo hemos llegado a ser, no lo somos; un camino para visitar experiencias, analizar errores, aciertos, responsabilidades, un camino donde hallar esa «segunda oportunidad» que restituya, o al menos nos dé esperanzas de hacerlo, la familiaridad perdida.

Precisamente por esa consciencia de finitud e irreversibilidad que implica apelar al recuerdo sabiendo que lo pasado es perdido –la cosa ausente–, el sentir nostálgico derivará siempre en dolor (*ἄλγος*), en duelo. Sin embargo, este bien puede guardar una antesala de cierto instante de dicha provocada por el reencontro –contenido en el recuerdo y los afectos que despierta– con eso familiar que aún guardamos en la memoria. Ese instante, aunque transitorio, ofrece una bocanada de aire balsámico recordándole a uno que, pese a su caducidad, en algún momento –aún con las distorsiones propias de esa evocación o presentificación¹⁶– la prosperidad cruzó por su camino, pues había promesas, había un proyecto en desarrollo. Y aunque su recuerdo no sea más que un centelleo de paz, ofrece, como poco, esperanza, la esperanza de atender y poder corregir, de recuperar y reconocerse a sí mismo en el recuerdo, de tener una guía por la que enderezar los extravíos, reforzar aciertos y recordar fortalezas, aspectos tan

¹⁶ Cada evocación o re-presentación (*Vergegenwärtigung*) de una impresión originaria –también traducido como presentificación– es un intento por volver presente la cosa ausente. Esto, empero, se produce bajo una exposición a las intenciones de expectativa que impulsan el recuerdo hacia una vivencia renovada de lo que se recuerda, de modo que la impresión originaria irá quedando, con el tiempo, hundida tras una cadena de evocaciones, recuerdo tras recuerdo del recuerdo. La percepción originaria queda irremisiblemente en el pasado –de aquí la inevitable frustración de quien la pretende– pero algo de su consciencia perdura en ese juego de re-presentaciones como «un acto que constantemente declina o se gradúa» (Husserl, 2002a, 68), que es a lo que el nostálgico se aferra en su tendencia al pasado.

importantes cuando uno se enfrenta a un presente aciago de futuro incierto, tan curativa que uno no puede más que pretender regodearse en ella y aprovechar lo que de ella obtenga en su reconocimiento. De aquí la recurrencia al estímulo evocador, de aquí esa tendencia al consumo de elementos que despiertan ese breve instante de dicha con su consecuente coloratura¹⁷. Pues qué decir cabe, la nostalgia no necesita más que de memoria para activarse, basta solo con provocarla para que se dé, y lo hace en libertad¹⁸, en la que ofrece la privacidad del recuerdo, por eso es un refugio tan recurrente en nuestros días, cuando a uno le va inhóspitamente.

3. Cuando a uno le va inhóspitamente

Como diría Ortega, en tanto mundanos, vivimos *naufragando entre nuestros asuntos* (Cfr. OC, X, 175). La realidad en la que vivimos, nuestro mundo en torno, nos es inherente en tanto existimos en ella, *ocupados* con aquello que, por diversos motivos, nos afectan o reclaman. Está en nuestro proyecto, en nuestra pretensión de vida auténtica y en la responsabilidad que cada uno tiene para sí mismo, hacerlo también de nuestra circunstancia. Diríamos, con el madrileño, que está en el destino de cada sujeto *salvar* su circunstancia. Ello, empero, no refiere únicamente a la mera aceptación de lo circundante, en su expresión implica a su vez la idea de comprensión del *sentido de las cosas*, de esas que nos envuelven y nos aluden. De modo que comprender lo que soy pasa necesariamente por la comprensión del sentido de lo que me circunda, ya que en su coexistencia descansa precisamente aquello que constituye lo que radicalmente soy: una *vida humana*. Por tanto, para reconocernos, deberemos

¹⁷ Ignacio Quepons (2013 y 2014) ha publicado un par de trabajos muy interesantes, en base fenomenológica, donde aborda la nostalgia a partir de la noción husserliana de temple anímico (*Stimmung*) y que justifican el hecho de considerar la nostalgia en tales términos. También Andrés M. Osswald (2018) realiza una aproximación a la noción de hogar y de extrañamiento, tan relacionadas con la nostalgia, que permite profundizar en el análisis de esta desde una posición fenomenológica. Por su parte, y como acercamiento a la noción de temple de ánimo en Husserl, podemos ver Zirión Quijano, A. (2019). “Coloraciones emotivas y temples anímicos en los *Estudios acerca de la estructura de la conciencia* de Husserl”. *Isegoría*. Núm. 60, pp. 123-145.

¹⁸ La libertad de la reproducción que mentaba Husserl (2002a, 69): a diferencia del recuerdo primario, «el re-presentar es cosa de la libertad, un libre recorrer».

quitar ese velo de la omisión o del descuido a todo aquello con lo que naufrago, esto es, *reabsorber mi circunstancia*¹⁹.

Ahora bien, cuando Ortega postuló tales cometidos, que se podrían resumir en su famoso *imperativo de luz*, esta era una tarea considerada de *héroes*, de quienes, pese a los avatares que el entorno presentaba y a la angustia que ello despertaba, se obstinaban en ser ellos mismos, *entre realidad e idealidad*. Pero, pese a parecer una obviedad, hay que subrayar que nada tiene que ver apelar a la heroica en la Europa de comienzos del siglo xx que hacerlo en la de hoy. Entonces, a pesar de la ciertamente aciaga circunstancia que soportaban las clases bajas, se percibía cierto aroma de oportunidad, fueron tiempos *esperanzadores*, donde los proyectos de la mayoría se percibían como posibles. Herederos de un profundo proceso de modernización que se antojaba inagotable, los europeos vivíamos en una especie de ensueño donde la percepción de *progreso* era incuestionable (*Cfr.* Zweig, 2001, 6 y sig.). Todo en general conducía a pensar en un cierto grado de posibilidad, por ello se contemplaba luchar un futuro «mejor»²⁰ donde regenerar tan duras circunstancias. Sin embargo, cien años nos alejan de aquella esperanza, y por el camino nos hemos encontrado suficientes avatares como hallar un mundo bien distinto. Hoy, los estados, ya sin atisbo de hegemonía, se han visto abocados a pervertir el contrato social, incapaces de controlar los excesos de globalización de un capitalismo que los sobrepasa y somete, incapaces de contrarrestar los nuevos modos de violencia, la desigualdad, la falta de oportunidades, el desarraigo y la migración; qué decir de las crisis ecológicas o sanitarias que asolan hoy más que nunca el planeta. El dibujo no podría ser más distinto. El número de factores de desprotección que sufre la población supera la capacidad del individuo para resarcirse, hallándose, como poco, *descontenta* frente al presente (Touraine, 2005) e *indefensa frente a la incertidumbre*, evidenciando cómo nuestras sociedades, aun bajo condiciones menos críticas que las de antaño, han consumido toda expectativa de mejora. Arrancamos el siglo xx con las fuerzas de quien desea cambiar el mundo para construirlo con sillares nuevos, más amable, más proyectivo; acabamos el mismo con el agotamiento de quien siente que ha fracasado en el empeño. Quizá el mundo no sea peor de lo que era, lo que es seguro es que no

¹⁹ OC, I, 756. «La reabsorción de la circunstancia consiste en su humanización, en su incorporación a ese proyecto del hombre [...] su vida, las asume proyectándoles sentido, significación, *logos*, en suma. El destino del hombre [...] es imponer a lo real su proyecto personal, dar sentido a lo que por sí solo no lo tiene [...] convertir eso que simplemente “hay ahí en torno mío” (circunstancia) en verdadero *mundo*, en *vida humana personal*» (Marías, 1983, 400).

²⁰ Podríamos citar la revolución de los jóvenes turcos, la Pascua irlandesa, San Petersburgo, el noviembre alemán...

es como soñamos que sería. Y la contrariedad trae consecuencias emocionales – abatimiento, decepción, desencanto– que no pueden más que traducirse, cuando miramos al mundo y nos vemos en él, en un estado de *angustia* que impregna la manera en que lo asumimos y comprendemos.

Hablábamos, pues, de reabsorber la circunstancia; ahora nos preguntamos, visto lo cual, qué sucede cuando, a pesar de nuestros esfuerzos, esta se niega a conciliar con nuestros planes y agota toda esperanza... ¿podría ser que en vez de optar por responsabilizarnos de ella lo que sintamos sea más bien lo contrario, una tendencia a la evitación? Quizá nuestra generación no esté tanto por luchar el futuro como por la rotura de ese espacio común, abandonándolo, dejándolo a su suerte mientras buscamos amparo en otros horizontes más moldeables, menos compactos, como en el abrigo de la intimidad, en uno mismo, en el pasado (Cfr. Lowenthal, 1997, 9). Frente a un presente doliente y un futuro incierto, nos vemos cada vez más forzados a desconectar buscando alternativas en el único tiempo que, por exclusión, nos queda a la mano, el único que ofrece cierta *esperanza de familiaridad: el pasado recordado* (Cfr. Bauman, 2017, 61). Pues este, por recordado, resulta ser tan particular como manejable, constantemente abierto a las intenciones de expectativa que pueden operar en su interpretación tanto como uno se quiera permitir, pues el recuerdo se expone a una fragmentación de apariencias imaginarias que dejan tras de sí un margen de oscuridad, generalidad, oscilación e incoherencia respecto del pasado en sí (Cfr. Ferrer, 2011, 180) que bien convierte este en un escenario menos encorsetado.

Así que si tuviésemos que definir cómo percibimos la sociedad hoy, ciertamente que muchos coincidiríamos en que el atributo es *inhóspita* y, frente a ello, es *familiaridad* lo que demandamos. Por eso, más allá de las comodidades y privilegios respecto de épocas precedentes, la incertidumbre y el desencanto, la falta de oportunidades, el aislamiento por desamparo, la falta de arraigo o la pérdida de sensación de pertenencia tiende a imponer una angustia que, en su coloratura, desemboca en esa pretendida tendencia, si no a buscar en nuestro pasado –*anámnesis*–, al menos sí a ser sensibles a su encuentro –*mnemé*²¹, ese en el que aún recordamos, o así queremos pensarlo, *el hogar perdido*.

²¹ Aludimos a la diferenciación aristotélica que se encuentra en su obra conocida como *De memoria et reminiscencia* y que se halla comprendida en el tratado *Parva Naturalia*. Aristóteles (1993). *Parva Naturalia*. Madrid: Alianza.

Será, pues, la memoria, la tradición, las experiencias guardadas quienes mantengan asido el recuerdo de familiaridad²² que ahora sentimos extraviado. Por eso afirmamos que la nostalgia es algo así como una puerta «natural» para salir de la angustia, pues frente al presente inhóspito deseamos regresar al momento previo a que todo fallase –prelapsario–, cuando todo tenía su nombre, cuando todo cumplía su función; *volver a casa* aun a expensas de perder cierto grado de *auténticad*, pues tal es el peaje en ese camino de evocaciones (Cfr. Stewart, 1984, 23-24), un relato basado en el recuerdo de un hecho original que ahora se nos presenta, en el mejor de los casos, vestido con el traje abigarrado de las expectativas actuales. Pero es en nuestro vestido, como lo es en nuestro pasado, donde guardamos las *promesas y los proyectos* que un día nos hicimos y esperábamos haber cumplido... un vestido que todo sujeto *reconoce* como propio y, aunque difuso por los efectos del olvido, de sus constantes evocaciones, su desteñida ausencia no le abrumba tanto como la pérdida del sentido que siente en la actualidad, cuando ve incumplidas aquellas promesas²³. Por eso se halla en disposición de dejarse seducir por una narrativa que, aunque llena de inexactitudes y vacíos remendados, ofrece a cambio la reposición de un entorno de aparente familiaridad, pues lo importante para el nostálgico no es tanto la fidelidad al hecho originario –al suceso recordado que ya reconoce perdido– como al *contexto afectivo* que su evocación desprende, esto es, afianzar la dicha por familiaridad²⁴. Por tanto, pese a que el precio a pagar por la intervención de las expectativas en la evocación sea alto²⁵, quizá no sea tan relevante para el nostálgico. Es más, precisamente por ese margen de oscuridad que deja, cuando el nostálgico toma

²² La discontinuidad pasado-presente, por regla general, se da relacionada con estados ansiedad (Milligan, 2003). En cambio, la autocontinuidad se relaciona con el bienestar y la estabilidad emocional (McAdams *et al.*, 2001). Para algunos, siempre que no sea pretendida, la nostalgia actúa como respuesta a la autodiscontinuidad (Sedikides *et al.*, 2015, 42-61).

²³ «El poder de no cumplir con su palabra forma parte integrante de poder prometer [...], por tanto del reconocimiento de sí» (Ricoeur, 2005, 135).

²⁴ Todo recuerdo, decía Husserl, contiene intenciones de expectativa cuyo cumplimiento conduce al presente, de modo que «cada novedad reobra sobre lo viejo, cumple su intención prospectiva y con ello la determina» (Husserl, 2002a, 75).

²⁵ El recuerdo implica siempre un incorporar al pasado que desemboca en una transformación del mismo. Husserl (2001, 379) afirmaba: «mientras más nos aproximamos a lo recordado, más tiene éste el carácter del así-fue-verdaderamente [...]. Ahora bien, cuando una conciencia ya se ha liberado de este carácter de mera aproximación o mera cercanía, donde ya no hay distancia considerable, entonces puede intentarse todavía incrementar la actividad de la intención en la misma dirección, y puede suceder que un recuerdo nuevo revista a su correlato con el carácter “sin embargo sólo una aproximación”». La misma infidelidad del recuerdo respecto de la imagen originaria implica en ella, como apunta Richir (2006, 142), su irreductible mezcla con elementos fantásticos.

consciencia de lo que siente y de los efectos de su intrusión en él, se nutre y beneficia de la *adecuación* del hecho originario a su circunstancia actual, pues quizá la situación en su estado prístino no le resultase tan seductora como lo es ahora su alterado recuerdo, ajustado a sus expectativas presentes –a su presente en definitiva–, pues el nostálgico, pese a nutrir sus afectos de las evocaciones, en tanto lo es, no pierde su referencia temporal.

Lo que pretende el anhelo del nostálgico es, en cambio, recobrar/mantener esa atmósfera de unidad donde las relaciones temporales queden recompuestas, intentando volver a tejer los hilos rotos de la historia (Mills y Coleman, 1994), asidos a aquellas promesas de proyecto que en su momento estableciese consigo mismo. Es por ello que cualquier estímulo evocador puede colaborar en su deriva que, por reminiscencia, puede llegar a enmascarar la angustia que siente mediante la evocación del temple aquí abordado, pues en el encuentro con su pasado recupera la emoción esperanzadora que, aunque deje pronto su lugar al regusto doloroso de la pérdida, no anula la conciencia de una esperanza recobrada que seguirá permaneciendo, declinante, durante un indeterminado periodo de tiempo²⁶. Entre tanto, siempre cabrá volver a estimular su presencia con nuevos elementos evocadores. He aquí la justificación de nuestro comportamiento consumista.

Así que, aunque a uno le vaya inhóspitamente y decida buscar salida en la nostalgia, no debemos desatender que, aunque se alimente de recuerdos, el nostálgico no pierde su referencia temporal, esto es, sabe de su observancia al vestigio –presente– para elaborar su narrativa y perpetuar el temple –también presente–; y que, en su empresa no ignora la irrecuperabilidad de la impresión originaria –finita– ni que su anhelo sea una tendencia que desea algo desaparecido –irrepresentable–²⁷. A pesar de su tendencia, el nostálgico no puede evitar su presente y ocuparse de él como parte de su horizonte de temporalidad, ni mucho menos su finitud –de la que es plenamente consciente por el hecho de tener que mirar atrás–; y mientras no elija ignorarse a sí mismo, el nostálgico

²⁶ «Las sensaciones de placer y de dolor pueden perdurar, mientras que desaparecen los caracteres de acto edificados sobre ellas. Cundo los hechos suscitadores del placer han pasado a un segundo término, cuando ya no son apercibidos afectivamente, e incluso quizá cuando ya no son objetos intencionales, la excitación placentera puede durar todavía largo tiempo» (Husserl, 2014, 510).

²⁷ De aquí que en la nostalgia el deseo no se torne *querer* sino *anhelo*. El *querer* entraña una voluntad de tender hacia algo que está por venir, que se reconoce como posible. En la nostalgia, lo que se desea se sabe irrecuperable.

no tiene porque renunciar a ese yo reconocido, al contrario, precisamente por mirar a su pasado advertirá como él mismo es *lo que queda*²⁸ de ese ejercicio, lo que resta presente en la hondura de cada uno de sus gestos, como una huella que sobrevive pese a su constante declinar, como creador y protagonista de la narración en la que decide actuar. De aquí que la nostalgia no solo pueda ejercer como temple alternativo a estados angustiosos sino que, en ocasiones, también pueda hacerlo como «fuerza dinámica y motivadora que permite al individuo mirar hacia adelante y tomar medidas proactivas» (Sedikides y Wildschut, 2016, 319). Argumentos más que suficientes como para engendrar en nosotros una facilidad para sintonizar con todo aquello que nos conceda semejante oportunidad de cambio de perspectiva, que no de realidad, pues cambiar de la angustia a la nostalgia no implica nada más –ni nada menos– que un cambio de *instalación* anímica con la que arrastrar un cambio de atmósfera atencional, de acentos en la manera de ver el mundo²⁹, pues como analizase Quepons (2013, 120), «el rayo de atención principal de la actividad del yo no mienta nostálgicamente un objeto en el momento de la suscitación, sino que la nostalgia aparece como una disposición afectiva que es fondo de otras actividades yoicas».

Así, más allá de los beneficios emocionales, la nostalgia se nos ofrece como una poderosa herramienta para *salvarse* a través del *reconocimiento de sí*, en la revisión del propio pasado. Esto, como decimos, tiene un fuerte impacto en cómo nos miramos y nos reconocemos situándonos *entre el recuerdo y la promesa* (Ricoeur, 2005, 119); también en cómo, a partir de ese reconocimiento, reconocemos el mundo desde una instalación distinta, asumiendo que me hallo en medio de un camino que, pese a que se ande hacia adelante, ahora, cuando descubro que mi presente no es como esperaba, quiero hacerlo teniendo más presente mi pasado.

4. Sociedades reflectantes

De todos los motivos enumerados que hacen que esta sociedad sea percibida como inhóspita hay uno que merece mención a parte por ser de los que, a nuestro parecer, mayormente ahonda en el recurso a la nostalgia, a saber, la debilidad

²⁸ Y «lo que queda lo fundan los poetas». Aludimos, con Vattimo (2015, 69), al dístico de Hölderlin, del poema *Andenken*, que tan a menudo comentase Heidegger: *Was bleibt aber stiften die Dichter*.

²⁹ Evocamos al *ordre du coeur* scheleriano y a su idea de atmósfera atencional (2008).

institucional y su consecuente sensación de abandono y soledad que provoca en el ciudadano³⁰. Esta soledad, derivada del debilitamiento de los estados frente a los nuevos poderes, genera una merma en el *sentimiento de pertenencia*³¹ que suele traducirse en que el sujeto se vea *obligado a elegir constantemente para sí mismo*, casi en exclusiva, en tanto no siente que nadie lo haga por nadie ni nadie confíe en la elección del otro. Esta obligación de la elección constante angustia substancialmente al sujeto, y se da precisamente en una sociedad donde la información es el elemento esencial de participación³².

La ingente cantidad de información que manejamos hoy en día provoca una interpelación infatigable. Vivimos sobreinformados, cribando a cada hora entre las muchas perspectivas y las no pocas *fake* que llegan tras cada suceso, al instante. Esto obliga a filtrar, a elegir e ignorar a igual velocidad. Debemos formarnos una opinión de lo sucedido, más o menos crítica, para seguir la estela de sucesos; en todo caso se impone una elección, incluso cuando esta sea desestimar la información que, por otro lado, no dejará acechar. Efectivamente, vivimos en una circunstancia exigente y acometedora, que interpela constantemente con informaciones poliédricas y fallos apresurados; una circunstancia abrumadora que recuerda, una y otra vez, de forma angustiosa, que la nuestra es una situación de libertad, aunque sea de aquella «libertad del laberinto» a la que refería Palau i Fabre. Se podría decir que vivimos en *sociedades reflectantes*³³ donde cada interacción del sujeto con su entorno –incluyendo al otro– apela al cuestionamiento de su posicionamiento en él y frente a él, un tipo de sociedades obstinadas en situar al individuo en su mismo centro tornándolo cuestión para sí mismo, exponiéndolo a la encrucijada de la elección constante como el espejo donde no podemos más que sentirnos cuestionados, interpelados y condenados a elegir.

³⁰ Ver: Rothstein, B. (1998). *Just Institutions Matter: The Moral and Political Logic of the Universal Welfare State*. Cambridge: Cambridge University Press; Featherstone, K. (2016). “Conditionality, democracy and institutional weakness: the Euro-crisis trilemma”. *Journal of Common Market Studies*. Vol. 54, pp. 48-64.

³¹ Hopenhayn, M. y Sojo, A. (Comp.) (2011). *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

³² Para adentrarse en las sociedades del conocimiento y la información: Mansell, R y Tremblay, G. (2013). *Renewing the knowledge societies vision for peace and sustainable development. WSIS+10 Conference. Paris: UNESCO. Una visión crítica la podemos hallar en Mansell, R. (2016). “Governing knowledge societies: competing models and norms”. En *Proceedings of PANAM 2015 Colloquium, Governance and Public Service Media in Knowledge Societies*. Montreal: PANAM Network.*

³³ Utilizamos el término *reflector* del castellano «reflectar» que proviene de una refección de *reflectère*: volver o doblar hacia atrás, retroceder, resaltar.

En un espacio reflectante, repleto de espejos, donde bien podemos continuar el curso de nuestro camino pues hay futuro, sentimos que debemos hacerlo con el tiento que exige la incertidumbre por la falta de referencias firmes (*Grund*)³⁴, únicamente orientados por los *debilitados* destellos que conceden sus distorsionados reflejos (*Verwindung*)³⁵. El resto sencillamente es sospechoso. Aquellas referencias claras y firmes a las que estábamos acostumbrados en otros tiempos hoy solo son recuerdos, luces reflejadas que los espejos ofrecen lánguidamente³⁶ desde sus múltiples retornos, estribando en la imagen parcial y alterada de un camino ya andado que se advierte en la profundidad aparente del cristal, como del mío propio en él, no menos fragmentado. Esas parecen ser nuestras únicas referencias, una multiplicidad de miradas de mí mismo en el límite de un camino andado que se sitúa, como diría Heidegger, en medio de la nada, frente a un mundo abisal que se percibe inhóspito y extraño más allá de estos reflejos de lo conocido –mis recuerdos–. De aquí la angustia, de sentirnos arrancados de esa continuidad que concedía flancos de familiaridad, y perder, con ella, los fines a los que dirigimos. Hoy se abren múltiples posibilidades de una misma y sola figura en el horizonte, y hemos de elegir a cual creer y cual usar en cada momento. Es la posibilidad incondicionada, tan radical que resulta dolorosa. Avanzamos, claro, pero *irónicamente* solo gracias al hilo de una serie de accidentes que nos permiten orientarnos con reflejos del pasado, tras su aparente seguridad, pero también solo en su forma refleja, debilitada en su autenticidad. ¿Cómo va a resultarnos interesante lo nuevo en semejante horizonte?, ¿cómo va a competir mi atención con lo pasado cuando este me ofrece la promesa del respiro?

Así, el pasado reflejado-recordado nos abre a una nueva dimensión que trae consigo la *seguridad* y la sensación de estabilidad de lo conocido³⁷. Las interpelaciones a uno mismo, como los reflejos del camino andado, no solo permiten orientarse en el presente con sus imágenes segmentarias, a su vez

³⁴ Sobre el concepto de fundamento (*Grund*) y abismo (*Abgrund*), ver: Xolocotzi, A. (2011). *Fundamento y abismo: aproximaciones al Heidegger tardío*. México: Porrúa.

³⁵ Aludimos a la vía de la aceptación-convalecencia-distorsión que produce lo mismo pero de diferente modo; aludimos a la verdad como acaecer, a ese determinarse cada vez, diverso y diferente que nos expone Vattimo (2015, 159).

³⁶ Fue Zambrano (1989, 10) quien hablase de un tono a medialuz, donde la verdad se revisita de matices, de sombras, pues no hay mejor condición para acceder a ella que en «la penumbra tocada de alegría».

³⁷ Bauman (2017, 18) apunta a esta idea cuando afirma que la fuerza de la llamada por él “retrotopía” descansa, precisamente, en que consigue reconciliar por vez primera *seguridad* con *libertad*.

confirman la presencia de un *camino en continuidad* y de un lugar, en el reflejo del pasado, que evoca la posibilidad del descanso y la reflexión sobre la situación actual. La nostalgia aparece junto a esa esperanza, como un sentimiento de atracción al reflejo –símbolo de estabilidad– que capta todo nuestro interés hasta embelesarnos, soñando con recuperar los pasos que perdimos antes de caer –*lapso*– en el momento que ahora nos angustia. Es como si, mirando el reflejo, pudiésemos transitar hasta ese pasado *prelapsario*... y ello da descanso, y premia con una perspectiva privilegiada –o, precisamente, con muchas–.

Gracias a las distintas orientaciones y distorsiones de los espejos –al efecto de las intenciones de expectativa en el recuerdo–, estos permiten descubrir partes del camino que en la vivencia originaria desestimamos e ignoramos por ejecutiva, advirtiendo una oportunidad para reconstituir un nuevo presente a partir de lo que fuimos dejando en los márgenes y que ahora hallamos latente en el recuerdo, en una especie de *off-present*³⁸. Con los reflejos/evocaciones podemos recorrer desde la distancia del tiempo los caminos que anduvimos pero observando elementos que entonces no consideramos, e interpretar los vistos con la experiencia vivida y la ventaja de una segunda oportunidad, desde un nuevo horizonte de comprensión con el que dar sentido a lo recordado³⁹. Podemos «llevar a cabo la evocación “más rápida” o “más lentamente”, con distinción y explicitud o confusamente, de un golpe [...] o en pasos articulados» (Husserl, 2002, 69), a saltos, rompiendo la linealidad consecutiva, mirando ora esto ora lo otro sin restricciones, y aprender de los errores, recuperar aciertos... siempre con la doble seguridad de ser un camino ya recorrido en la plena privacidad de saber que esa perspectiva es solo mía, lo que, como indicase Jencks (1987, 342), permite descifrar las cosas cada vez desde más códigos, desde su multivalencia, aceptando incluso visiones que en su dación se pueden llegar a contradecir, eliminarse mutuamente o ironizar unas sobre otras en una interpretación constantemente cambiante. Tal es la ventaja del pasado, y el atractivo de la nostalgia.

³⁸ Jugamos con una adaptación del concepto *off-modern* usado por Boym (2015, 59).

³⁹ «La comprensión solo es posible de forma que el sujeto ponga en juego sus propios presupuestos [...]. El interprete y el texto tienen su propio “horizonte” y la comprensión supone la fusión de estos horizontes» (Gadamer, 2010, 111).

5. Nostalgia por el presente que no ha llegado a ser, conclusión

Ahora bien, no perdamos la perspectiva frente a la oportunidad, pues corremos el riesgo de alejar demasiado ese elemento de responsabilidad que no debiéramos extraviar, so pena de perdernos en el intento de *salvarnos* en circunstancia. No podemos olvidar que este constante retrotraerse habla solo de un juego de distorsiones sustentado en la irónica representación de algo, de algo que es, y nos circunda. Así que bien haríamos de evitar confundir el reflejo de algo pasado, su recuerdo, con el pasado mismo, el cual es estrictamente irrecuperable. Teniendo esto presente y aceptando que el nostálgico no renuncia a su ordenación temporal, deberemos concluir entonces, tal y como veníamos postulando, que la nostalgia no se fundamenta tanto sobre la pérdida en sentido estricto, que sabe inevitable, sino por *la frustración de la promesa* que guardaba en el pasado y a la que no quiere renunciar⁴⁰, esto es, por la *ruptura* de aquellos planes de futuro que en aquel pasado albergábamos como potencialidad y que ahora vemos frustrados. En otras palabras, sentimos nostalgia no por el pasado en sí sino por la distancia que separa la idealización de un entonces yo-futuro –ahora presente– y el yo que ahora encuentro en su lugar; uno que, por circunstancias, nos resulta frustrante, decepcionante por la imposibilidad de llevar a cabo los planes que en su momento asumíamos como propios. Lo que sentimos, pues, como venimos insistiendo, *no es tanto nostalgia de un pasado perdido sino de un presente que no ha llegado a ser cómo queríamos que fuese*; nostalgia de aquel viejo sueño que no ha sido y que situamos en el pasado como marca de recuperación, aunque es ahora cuando duele, siendo el ahora lo que debemos cambiar si pretendemos recuperarlo.

Como decimos, los nostálgicos no pierden, en su anhelo, la referencia de su temporalidad, al contrario, por eso les angustia su presente, pues es su tiempo inevitable, solo que no les gusta cómo les afecta, no les gusta sentirse extraños allí donde antes llegaron a sentirse como en casa. Así que podríamos afirmar que lo que sienten perdido no es tanto ese tiempo sino a ellos mismos en él, en un presente donde no consiguen encontrarse, por eso se buscan en el pasado, tratando de hallar el momento en que se perdieron. Lo que les lleva a la nostalgia no es la pretensión de recuperación del pasado *sino de la continuidad de lo que*

⁴⁰ Comprometerse significa, como indica Ricoeur (2005, 137): «en una voluntad de constancia, de mantenimiento de sí, que pone su sello en una historia de vida enfrentada a la alteración de las circunstancias y a las vicisitudes del corazón. Es una identidad mantenida a pesar de..., a despecho de... todo lo que inclinase a traicionar la palabra dada».

son con aquel pasado, de tantas promesas consignadas que ahora sienten, no olvidadas, sino traicionadas (Cfr. Ricoeur, 2005, 134). Necesitan resarcir su palabra para recuperar con ella el sentido de sus vidas; necesitan reforzar la identidad entre ambos tiempos –mediante reconocimiento– *para sentir que el presente, su presente*, aún les pertenece. *No es nostalgia de lo que fue, sino de lo que ahora no son*. Quizá encarnen con ello el sentir general que parecemos demostrar como cultura, como generación. Las sociedades occidentales, al menos estas, hemos pasado tanto tiempo soñando cómo debería ser nuestro siglo xxi, tan fascinadas con su promesa que, ahora que la vivimos, nos resulta tan distinto a lo que esperamos que nos cuesta reconocerlo, mucho más soportarlo.

Así, lo que el nostálgico se juega nada tiene que ver, pues, con el pasado, sino con la manera en que se enfrenta a su presente en una sociedad que le interpela constantemente. La mirada al pasado le permite reflexionar, e incluso restaurar mentalmente aspectos que fueron más o menos determinantes para saber cómo ha llegado a este presente, pero nos equivocaremos –todos– si pensamos que puede haber otro terreno de juego efectivo, fáctico, que no sea el actual⁴¹. Quienes crean haber encontrado en el pasado un refugio corren el riesgo de caer en la inautenticidad de una vida lastrada por la fantasía –melancólica–, corren el riesgo de perderse incluso a ellos mismos dejando su vida en la frustración de un proyecto, a merced de voluntarismos restauradores. Los recuerdos son importantes, necesarios, quizá el mejor lugar a visitar en momentos de crisis para obtener inspiración, pero también son insuficientes, peligrosos cuando los convertimos en «*lugar de residencia*». Ciertamente la nostalgia trae consigo una sensación dichosa que actúa de bálsamo para las heridas, pero ¿hasta cuando?, ¿cuánto dura su efecto?, ¿cuánto dura el embelesamiento que trae la evocación? Sencillamente hasta que el presente nos reclame de nuevo. Por tanto, y esto es mera opinión, bien haría uno de volver con las alforjas llenas de sus visitas al pasado y no conformarse con el mero regodeo en la dicha reencontrada... aunque como decimos, esto atañe ya al terreno de la elección personal.

⁴¹ «*Lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde “lugar ninguno”*» (OC, III, 614).

Bibliografía

- ARISTÓTELES (1993). *Parva Naturalia*. Madrid: Alianza.
- BAUMAN, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- BOLZINGER, A. (2006). *Histoire de la nostalgie*. París: Campagne première.
- BOYM, S. (2015). *El futuro de la nostalgia*. Madrid: Antonio Machado libros.
- BROWN, S. (1999). “Retro-Marketing: Yesterday’s Tomorrows, Today!” *Marketing Intelligence & Planning*. Núm. 17/7, pp. 363-376.
- CASTELNUOVO-TADESCO, P. (1980). “Reminiscence and Nostalgia: The Pleasure and Pain of Remembering”. En Greenspan, S. I. y Pollack, G. H. (Eds.). *The Course of Life: Psychoanalytic Contributions Toward Understanding Personality Development III: Adulthood and the Aging Process*. Washington DC: Government Printing Of., pp. 104-118.
- DODMAN, Th. (2018). *What Nostalgia Was: War, Empire, and the Time of a Deadly Emotion*. Chicago: Chicago Press.
- DUBET, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Ed. Complutense-CIS.
- FEATHERSTONE, K. (2016). “Conditionality, Democracy and Institutional Weakness: the Euro-crisis Trilemma”. *Journal of Common Market Studies*. Vol. 54, pp. 48-64.
- FERRER, G. (2011). “Experiencia del pasado e imágenes poéticas. Edmund Husserl y Paul Celan (una lectura fenomenológica de *Sprachgitter*)”. *Investigaciones fenomenológicas*. Núm. 8, pp. 169-204.
- GADAMER, H.-G. (2010). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.
- GROYS, B. (1992). *Über das Neue. Versuch einer Kulturökonomie*. Múnich/Viena: Hanser.
- HAVLENA, W. J. y S. L. HOLAK (1991). “The Good Old Days: Observations on Nostalgia and its Role in Consumer Behaviour”. En Holman, R. y R. Solomon (Eds.). *Advances in Consumer Research*. Provo: ACR, pp. 323-329.
- HEIDEGGER, M. (2009). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.
- HOPENHAYN, M. y A. SOJO (Comp.) (2011). *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- HUSSERL, E. (2001). *Die Bernauer Manuskripte über das Zeitbewusstsein*, Hua XXXIII, en Bernet, R. y D. Lohmar (Eds.), Dordrecht/Boston/Londres: Kluwer.
- (2002a). *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Madrid: Trotta.
- (2002b). *Zur Phänomenologischen Reduktion, Texte aus dem Nachlass (1926-1935)*, Hua XXXIV. Dordrecht/Boston/Londres, Kluwer.

- (2014). *Investigaciones lógicas*, vol. 2. Madrid: Alianza.
- JENCKS, C. (1987). *Die Postmoderne. Der neue Klassizismus in Kunst und Architektur*. Stuttgart: Klett Cotta.
- LOWENTHAL, D. (1997). *The Heritage Crusade and the Spoils of History*. Londres: Viking.
- MANSELL, R. (2016). “Governing Knowledge Societies: Competing Models and Norms”. En *Proceedings of PANAM 2015 Colloquium, Governance and Public Service Media in Knowledge Societies*. Montreal: PANAM Network.
- MANSELL, R y TREMBLAY, G. (2013). *Renewing the Knowledge Societies Vision for Peace and Sustainable Development. WSIS+10 Conference*. Paris: UNESCO.
- MARÍAS, J. (1983). *Ortega I: Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza.
- MCADAMS, D., REYNOLDS, J., LEWIS, M., PATTEN, A. y P. BOWMAN (2001). “When bad things turn good and good things turn bad: Sequences of redemption and contamination in life narrative, and their relation to psychosocial adaptation in midlife adults and in students.” *Personality and Social Psychology Bulletin*. Núm. 27, pp. 472-483.
- MILLIGAN, M. J. (2003). “Displacement and Identity Discontinuity: The Role of Nostalgia in Establishing New Identity Categories”. *SYMBOLIC INTERACTION*. Núm. 26, pp. 381-403.
- MILLS, M. A. y P. G. COLEMAN (1994). “Nostalgic Memories in Dementia. A Case Study”. *THE INTERNATIONAL JOURNAL OF AGING AND HUMAN DEVELOPMENT*. Núm. 38/3, pp. 203-219.
- MONTEÓS-VENTURA, J. (2019). *Interés, atención, verdad. Una aproximación fenomenológica a la atención*. Sevilla: Ed. Thémata.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004). *Meditaciones del Quijote. Obras completas I*. Madrid: Taurus.
- (2005). *El tema de nuestro tiempo. Obras completas III*. Madrid: Taurus.
- (2006). “Amor en Stendhal”. *Obras completas V*. Madrid: Taurus.
- (2008). *Principios de metafísica según la razón vital. Obras completas VIII*. Madrid: Taurus.
- (2010). *El hombre y la gente (Curso de 1949-1950). Obras completas X*. Madrid: Taurus.
- ORTH, U. R. y A. Bourrain (2008). “The Influence of Nostalgic Memories on Consumer Exploratory Tendencies: Echoes from Scents Past”. *Journal of Retailing and Consumer Services*. Núm. 15/4, pp. 277-287.
- OSSWALD, A. M. (2018). “El hogar y lo extraño. Una aproximación sobre el habitar: entre la fenomenología y el psicoanálisis”. *Revista do NUFEN: Phenomenology and Interdisciplinarity*. Núm. 10/3, pp. 64-87.

- QUEPONS, I. (2013). "Nostalgia y anhelo. Contribución a su esclarecimiento fenomenológico". *Open Insight*. Núm. 4/5, pp. 117-145.
- (2014). "Asociación pasiva y formación del temple de ánimo: aspectos de una fenomenología de la nostalgia". *Devenires*. Vol. XV/29, pp. 217-248.
- (2015). "El resplandor de la nostalgia. Esbozo de una descripción". En Venebra, M. y A. Jiménez (Eds.). *Antropología y fenomenología, reflexiones sobre historia y cultura*. Conaculta: Brújula, pp. 191-227.
- RICHIR, M. (2006). *Fragments phénoménologiques sur le temps et l'espace*. Grenoble: Jérôme Millon.
- RICOEUR, P. (2005). *Caminos del reconocimiento*. Madrid: Trotta.
- ROTHSTEIN, B. (1998). *Just Institutions Matter: The Moral and Political Logic of the Universal Welfare State*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SAN MARTÍN, J. (2007). "Vocación y profesión: Bases orteguianas para una ética del futuro". En Cerezo Galán, P. (Ed.). *Ortega en perspectiva*. Madrid: Instituto de España, pp. 89-112.
- SCHELER, M. (2008). *Ordo amoris*. Madrid: Caparrós.
- SCHEUCHZER, J. (1731). "De nostalgia". *De Bononiensi Scientiarum et Artium Instituto atque Academia Commentarii*. Núm. 1, pp. 307-313.
- SEDIKIDES, C. y T. WILDSCHUT (2016). "Past Forward. Nostalgia as a Motivational Force". *Trends in Cognitive Sciences*. Núm. 20/5, pp. 319-321.
- SEDIKIDES, C., WILDSCHUT, T., ROUTLEDGE, C. y J. ARNDT (2015). "Nostalgia Counteracts Self-Discontinuity and Restores Self-Continuity". *European Journal of Social Psychology*. Núm. 45/1, pp. 42-61.
- STAROBINSKI, J. (1966). "The Idea of Nostalgia". *Diogenes*. Núm. 54, pp. 81-103.
- STEWART, S. (1984). *On Longing: Narratives of the Miniature, the Gigantic, the Souvenir, the Collection*. Maryland: John Hopkins University Press.
- TRIGG, D. (2018). "From Anxiety to Nostalgia: a Heideggerian Analysis". *Existential Medicine: Essays on Health and Illness*. Londres, Rowman & Littlefield, pp. 43-57.
- TONES, J. "49 películas y series que nos harán celebrar la llegada de 2019". *Xataka*. Recuperado el 20 abril de 2021: <https://www.xataka.com/cine-y-tv/49-peliculas-series-que-nos-haran-celebrar-llegada-2019>
- TOURAINÉ, A. (2005). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós.
- VALERO, C. y ZACIPA I. (2016). "El pasado está de moda. La nostalgia del consumo". En Zacipa, I., Tur-Viñes, V. y J. Segarra-Saavedra (Eds.). *Tendencias publicitarias en*

- Iberoamérica. Diálogo de saberes y experiencias*. Alacant: Univ. d'Alacant, pp. 105-120.
- VATTIMO, G. (2015). *El fin de la modernidad, nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- VILLASEÑOR, S. "Por qué la nostalgia es la tendencia más fuerte de la última década". *Elle*. Recuperado el 20 abril de 2021: <https://elle.mx/moda/2018/10/18/nostalgia-de-moda-jovenes/>
- XOLOCOTZI, A. (2011). *Fundamento y abismo: aproximaciones al Heidegger tardío*. México: Porrúa.
- YOTKA, S. "La nostalgia es, oficialmente, la tendencia de moda más importante de 2018". *Vogue*. Recuperado el 20 abril de 2021: <https://www.vogue.mx/moda/tendencias/articulos/tendencias-de-moda-2018-nostalgia-segun-busquedas-de-google/14309>
- ZAMBRANO, M. (1989). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza.
- ZIRIÓN QUIJANO, A. (2019). "Coloraciones emotivas y temples anímicos en los *Estudios acerca de la estructura de la conciencia* de Husserl". *Isegoría*. Núm. 60, pp. 123-145.
- ZWEIG, S. (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: Acantilado.

Recibido: 26/04/2021

Aceptado: 16/09/2021

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

